

Algunas notas sobre *Cierta voz*

José Manuel Mateo

Cierta voz

Editores del Hotel Ambosmundos, México, 2001, 79 págs.

Luis Cortés Bargalló

Aunque nunca he tenido y, mucho menos, profesado ningún método de aproximación a un libro de poemas, una inclinación natural me lleva a buscar, antes que cualquier otra cosa, algún indicio fehaciente de cuál es el pulso que lo domina. Casi siempre he logrado ver que, cuando se trata de un auténtico libro de poesía, este signo aparece y, como si se tratara de una sustancia germinal, de ahí se desprende un racimo de imágenes, así como los módulos de un aliento y la posibilidad de sus cadencias. Hay un poema en *Cierta voz* que plantea con toda claridad el tipo de movimiento que se nos ofrece en el libro, un poema, también, en el que podemos atisbar, como es de esperarse, el punto de mira del poeta:

CORRESPONDENCIA

cuando el astrónomo calcula
la cantidad de energía
que producen las estrellas
(verbigracia el portento de la reacción termonuclear),
el pequeño punto luminoso comprende
la reacción que genera
en el extraño corazón de los astrónomos.

Antonio Deltoro ha dicho que en los poemas de José Manuel Mateo “lo astronómico y lo íntimo, lo cósmico y lo mínimo se entrelazan en una red minuciosa de rasgos muy delgados”. Si nos preguntamos por la naturaleza de estos rasgos, nos tenemos que remitir a la actitud que el autor de *Cierta voz* sostiene ante las magnitudes. Sus versos siempre se encuentran en la cercanía de algún metro y en más de una ocasión rinden su tributo personal al soneto moderno en lengua castellana. Esto nos habla, precisamente, de medida, de magnitud. El cuidado que su autor ha tenido en evanescer los aspectos que, aparte del número y el acento, dan mayor relevancia a las formas tradicionales, pareciera reflejar la voluntad de mantener estos valores bajo la línea de flotación, en una especie de vida latente y apenas perceptible. Por otra parte, es notorio que José Manuel Mateo ha querido plantearse el reto de conseguir una extrema condensación cuya fuerza es cada

vez más grande en la medida que los poemas se hacen más breves. Quede como ejemplo el pequeño poema con el que concluye la obra: “no existe la vértebra del sueño / sólo su mandíbula feroz”.

La fuerte presencia de aquello que siempre hemos asociado con lo inmensurable: la luz, las estrellas, el mar, el planeta, contrasta dramáticamente con la estrechísima condición del ser humano y la palabra; sin embargo, no por eso el poeta deja de tirar las redes ni de buscar la medida de lo humano, como en el poema “Voces”, donde nos dice: “sobre tus labios lo escucho: / es un ruido semejante / al deshielo de un astro”. O bien, en uno de los textos menos breves, el poema “Habla el profeta”: “este fruto es mi reino. / al norte limita con el sur, / al poniente con el sol. / más allá de su aroma y redondez / nada quiero. / después de todo, / una manzana es suficiente / para iniciar un mundo”.

Por tratarse de un escritor que no escatima el valor real y de uso que se le puede dar a los símbolos e incluso a la alegoría, podemos encontrarlos sembrados a lo largo del libro, arrojando su luz sobre el sentido sin demorar ni extender el desarrollo de la imagen. Así sucede con el poema “Hablo del profeta”, donde el *noli me tangere* que le sirve de trasfondo desata todo un efluviio de fuerzas naturales e incontenibles.

Al lado de su preocupación por el destello, por el momento reconcentrado y visible de energía poética,

José Manuel Mateo ha sabido, también, guardar fidelidad a ciertas imágenes más oscuras cuya pureza denota el carácter subjetivo connatural a la poesía y a los procesos de creación artística: “eso que ves / no es un pájaro; / es algo así / como la noche: / un trozo de arcilla / en el que viaja el sol”.

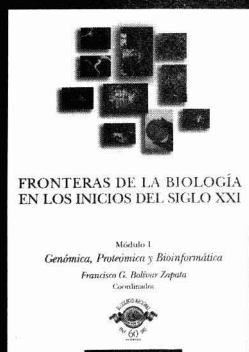
Es muy factible que ante la inmensidad y la imposibilidad que nos reducen, la única realidad mediadora sea la del cuerpo amoroso que vemos crecer a lo largo de estos poemas. Allí toda dimensión queda resuelta porque no hay nada con qué compararla. Y aun si su presencia se dice abrumadora, es porque es una verdadera presencia: “tanta mujer abruma / tanta mujer y tanta estrella”. Es en el cuerpo femenino donde el mundo se hace amplio y tangible, donde el mundo también deviene en una parte de nuestro cuerpo.

Cuando Roger Caillois hace su larga reflexión sobre lo sagrado, señala que sólo se le puede definir en relación con lo profano, que, en muchos aspectos, es su espejo negativo pero también una realidad intercambiable. Son nuestras distintas lecturas y experiencias del cuerpo las que dinamizan y llevan a cabo estos intercambios, es nuestra capacidad de transfigurarlos la que nos procura una visualización de lo sagrado. Recordemos que el único requisito reconocido por el budismo zen para llevar a cabo la realización espiritual, la iluminación, es tener cuerpo. Por su parte, el psicoanálisis sostiene que toda sublimación positiva se lleva a cabo mediante las pul-

siones que tienen su origen en el cuerpo. Parece insostenible la vida espiritual sin el cuerpo. Y es este cuerpo y su sacralización, su transfiguración en materia, en sustancia amorosa, la vocación que respira en *Cierta voz*.

Al avanzar en la lectura de este libro no puedo dejar de pensar en las reflexiones que el gran artista Paul Klee hacía sobre su propio trabajo: “Tengo la impresión de que tarde o temprano llegaré a algo válido, pero he de comenzar, no con hipótesis, sino con ejemplos específicos, por pequeños que sean [...] quiero hacer algo muy modesto, procurarme a solas un diminuto *motif* formal, uno que mi lápiz pueda abarcar sin técnica alguna [...] Según veo las cosas, los cuadros llenarán más que mi vida entera [...] no es tanto cuestión de voluntad como de destino”.

Cierta voz es, pues, la prueba contundente de que el asunto de la brevedad en el arte es un territorio mucho más amplio y paradójico de lo que a primera vista podría parecernos. Cuando inicié estas notas quería abordar ideas como contención, e incluso minimalismo, pero al poco tiempo me di cuenta de que un artista no se contiene, sino se busca, que el minimalismo –por respetable y propositivo que nos resulte– es una estética y ninguna estética puede ser la medida de un verdadero creador. Afortunadamente empecé a escuchar cierta voz que me hablaba desde esos trazos y cierta voz con la que el poeta contaba para encontrarnos en el corazón vivo de estos poemas. ■



Fronteras de la biología en los inicios del siglo XXI

Módulo 1: Genómica, proteómica y bioinformática,

Francisco G. Bolívar Zapata (coord.), El Colegio Nacional, México,

2003, 168 págs.

El conocimiento sobre la célula viva y sus herramientas permitió el desarrollo de las técnicas de la ingeniería genética, mediante las cuales es posible aislar, modificar y clonar el ácido desoxirribonucleico (ADN), que es el material genético de las células vivas. Asimismo, el desarrollo y la automatización de otras técnicas, como la amplifi-

cación de fragmentos específicos de material genético, llamada PCR (reacción en cadena de polimerasa), que permite en unas pocas horas generar millones de copias idénticas a un fragmento original de ADN, y las técnicas de secuenciación de ADN, permiten, al inicio de los años noventa, el nacimiento de la ciencia genómica, cuyo propósito inicial es determinar la secuencia nucleotídica de todo el material genético de los organismos vivos.

El objetivo de este módulo es ilustrar cómo se ha avanzado inicialmente en el conocimiento de las moléculas informacionales que determinan las funciones de la célula viva. Más aún, cómo se ha podido, a través del desarrollo, el refinamiento y automatización de técnicas poderosas de ingeniería genética y de amplificación y secuenciación de ADN, alcanzar la etapa de la determinación de la secuenciación nucleotídica de los genomas de los seres vivos, incluyendo al *Homo sapiens*. ■